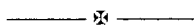


ta de posiciones contractualistas, cuyos presupuestos, las más de las veces, se hallan en franca contradicción con los del realismo clásico-escolástico. Por todo ello no resulta aventurado plantear radicalmente que o se sostiene la politicidad natural, o se sostiene la protección de los derechos particulares como fin de una sociedad política que ya no tendrá carácter natural.

SERGIO RAÚL CASTAÑO

Universidad de Buenos Aires.



NOTA SOBRE EL LIBRO *LA ECONOMÍA COMO CIENCIA MORAL* DE RICARDO F. CRESPO¹

«[...] Senior y Cairnes no son muy famosos [...] Sin embargo, debemos sumarle a Mill, por una parte. Y, por otra, no debemos olvidar que ellos no trabajan en las partes vistosas de la teoría económica, sino “bajo tierra”, en los cimientos metodológicos. Por eso, aunque no se noten, han influido muy poderosamente [...]» Esta cita, que pertenece a un artículo del autor que resume muy bien su pensamiento², puede parecer, al lector, fuera de contexto. Y, en cierto sentido, lo está. Sin embargo, expresa notablemente una de las intenciones del autor de este libro, plenamente lograda, y creo que característica saliente de su obra: trabajar desde «la base» de la economía, reformular sus fundamentos metodológicos, hacer un llamado de alerta frente a la decadencia del paradigma dominante, y formular precisas y sólidas nociones filosóficas para la economía política.

El autor tiene sobrados títulos para hacerlo. Hace años que viene publicando una serie de importantes ensayos que adelantan la tesis central de su libro: su tesis de doctorado es sobre el pensamiento de L. Robbins, y una característica personal que, al menos en nuestro medio, es muy escasa e importante: es licenciado en economía y doctor en filosofía. El autor de esta reseña, acostumbrado a la interdisciplinariidad entre economía y filosofía, puede dar testimonio de la importancia de haber estudiado ambas carreras (no es mi caso, por cierto).

La economía como ciencia moral no es simplemente una crítica más al paradigma neoclásico dominante, sino que, antes de realizar esa crítica, establece una tesis central que sorprenderá incluso a quienes de ningún modo niegan la importancia de una ética objetiva como reguladora de la economía política. Porque el autor no sostiene

¹ Cfr. R. F. CRESPO, *La economía como ciencia moral*, Ediciones de la Universidad Católica Argentina, Buenos Aires 1997, 199 páginas.

² Cfr. R. F. CRESPO, «La economía como ciencia práctica»: *Sapientia* LII (1997) 391-394.

que la economía política sea una ciencia especulativa que, a la hora de hacer política económica, debe pedir ayuda a una ética objetiva, fundada en el realismo. Si ello sería ya suficientemente revolucionario, frente al instrumentalismo positivista aún dominante en muchas comunidades académicas, el autor da un paso más. Apoyándose en la filosofía de las ciencias aristotélica, más un detallado estudio del acto humano en Santo Tomás, el autor sostiene que la economía política es parte de la moral. Siendo la economía la correcta administración de la ciudad para una vida *buen*a, y siendo la crematística su aspecto sólo instrumental a ese fin que, cuando se *desvía*, se convierte en una actividad contraria al fin último humano y en ese sentido «aberrante», se desprende que la economía no es sólo ciencia práctica sino parte de la moral, dado su fin y su objeto, que es un aspecto del acto humano. Acto humano que, al ser libre, implica necesariamente para la economía dos características definitorias: una, que ya nombramos, su practicidad, y otra, su inexactitud, no por deficiencias de método, sino por su objeto. La esencial no-necesidad de los razonamientos económicos no es una privación, un defecto, sino algo que *se* desprende de su objeto. Objeto que reclama, como dijimos, su esencial moralidad.

Asentadas estas bases, el autor está en condiciones de analizar la «disolución del paradigma clásico» y su paulatina transformación en el paradigma neoclásico dominante, paradigma que desde un punto de vista metodológico es mecanicista y positivista, y, por otra parte, olvida la practicidad esencial de la economía política³, debido, fundamentalmente, a la adopción del *value-free*. Esto es, que la economía no debería hacer «juicios de valor», influido ello por la separación, escisión de Hume entre *ser* y *deber ser*.

Particularmente importantes para el autor, lo cual ya se notaba en sus escritos anteriores, son los casos de M. Weber y L. Robbins —a este último le dedica todo un capítulo—⁴. El primero, después de haber sostenido enfáticamente el *value-free* para todas las ciencias sociales y por ende para la economía, debería reinterpretarse como alguien que reclamaba más bien una «imparcialidad política» para el científico social, al mismo tiempo que reconocía ampliamente que debe guiarse por valores a la hora de elegir los problemas relevantes de su ciencia⁵. El segundo es un caso paradigmático para el autor. Hacia el final de su vida profesional, Robbins reconoce no sólo el aspecto práctico, político y ético de la economía sino que reclama una reformulación de los planes de estudios de economía, convirtiéndola en lo que es, una ciencia social plenamente humanística y no en una «económica» positivista y mecanicista como aún se sigue enseñando hoy en día. Teniendo en cuenta la importancia de la figura de Robbins en la London School of Economics, es entendible la preocupación del autor para que este aspecto del pensamiento de Robbins no sea olvidado.

³ No es casual, al respecto, el abandono del término *political economy* (que no es lo mismo que *economic policy*) por *economics*, esto es, una «económica» como la «física».

⁴ Ver su ensayo «Max Weber and Ludwig von Mises, and the Methodology of the Social Sciences», en P. F. KOSLOWKI (ed.), *The Theory of Ethical Economy in the Historical School*, Springer Verlag, Berlin-New York-Tokyo-Heidelberg, cap. 2; y *Economía y filosofía práctica. Apuntes para una revisión del estatuto epistemológico de la economía con especial referencia a L. Robbins*, tesis de doctorado presentada en la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza 1994, inédita, 349 pp.

⁵ Esto, de acuerdo a la interpretación de W. Hennis, con quien el autor concuerda.

Estos son «síntomas» de «la recuperación de la practicidad de la economía», todos ellos sistematizados en el último capítulo de su obra. Se enumeran allí el conjunto de escuelas que ya son importantes paradigmas alternativos en esta *crisis* epistemológica de la economía: los neo-austríacos, los subjetivistas radicales, el nuevo institucionalismo, los post-keynesianos, etc. El autor tiene el cuidado de tomar de todos ellos lo positivo sin embanderarse *in totum* con ninguno. Porque todos carecen de algo fundamental: una sólida base filosófica sobre la base de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, que, sin confundirlos, el autor ha explicado con erudición en los tres primeros capítulos de su obra (el cuarto está dedicado a temas más específicamente económicos de Aristóteles).

No puedo más que recibir con entusiasmo a esta obra que espero que pronto pueda traducirse al inglés y sumarse así al conjunto de epistemólogos que, desde diversas corrientes, tienen una crítica común: el paradigma neoclásico dominante⁶. La obra se destaca por su solidez, su independencia de juicio, su amplia base bibliográfica, tanto clásica como contemporánea, por lo original de su enfoque —esto es lo más importante— y por el valor que en mi opinión tiene la base antropológica que adopta el autor: Santo Tomás de Aquino. Si la economía política tiene como objeto material a «la acción humana», el autor ha advertido que nadie mejor que el Aquinate para darnos un fundamento sólido de la economía política como ciencia. Por otra parte, el carácter moral de toda ciencia social práctica es un aspecto necesariamente derivado de algo fundamental en la epistemología de punta: el *theory-ladenness*. Esto es, que todo enunciado observacional está interpretado desde una teoría, que esa teoría se establece para solucionar problemas relevantes y que esa relevancia es *value-laden*, esto es, cargada de valoración moral. ¿No es evidente, acaso, que la economía moderna nace como una preocupación por «la riqueza de las naciones» y que la preocupación al respecto no era sino solucionar la pobreza de los pueblos, preocupación esencialmente cargada de un valor moral positivo? Sí, es evidente, pero la cuestión es que una negativa concepción de la «no-practicidad» de la economía nos rodea tanto que pocos nos damos cuenta de ello (yo incluso, nunca negué pero tampoco afirmé explícitamente esta cuestión).

Mi entusiasmo no me impide, sin embargo, formular algunas preguntas al autor. 1ª) ¿No hay un aspecto positivo del aspecto especulativo en toda ciencia social? ¿No hay un núcleo central teórico especulativo que tenga una «autonomía relativa» respecto al aspecto práctico-práctico? ¿No es la ética, según Derisi, una ciencia *especulativo-práctica*? Compartimos con el autor la tesis de que la pérdida de la practicidad

⁶ Algunos ejemplos: B. CALDWELL, *Beyond Positivism*, 1982; D. MCCLOSKEY, *The Rhetoric of Economics*, University of Wisconsin Press, Madison 1985; D. LAVOIE (ed.), *Economics and Hermeneutics*, 1990; R. E. BACKHOUSE (ed.), *New Directions in Economic Methodology*, 1994 (incluye colaboraciones de Mark Blaug, Lawrence Boland, Vivienne Brown, Bruce Caldwell, David Colander, D. Wade Hands, Daniel Hausman, Willie Henderson, Kevin Hoover, Terence Hutchinson, Tony Lawson, Donald McCloskey, Uskali Mäki, Philip Mirowski y Alexander Rosenberg, muchos de ellos importantísimos epistemólogos de la economía en el mundo anglosajón); T. BOYLAND-P. F. O'GORMAN, *Beyond Rhetoric & Realism in Economics*, 1996; y T. LAWSON, *Economics & Reality*. Salvo el libro de McCloskey, los demás fueron publicados por Routledge and Keegan Paul, London.

⁷ Cfr. O. N. DERISI, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, 3a. ed., EDUCA, Buenos Aires 1980, *passim*.

de la economía *se* debe a un paradigma positivista fruto del iluminismo. Pero, ¿no es a ese positivismo al cual critica Husserl en nombre de la teoría y la contemplación pura⁸?

2^a) Aunque ese núcleo central teórico tenga por objeto a la acción humana libre ¿no estaría caracterizado ese estudio por una deducción de las implicaciones formales de las valoraciones *libremente* establecidas de los sujetos actuantes en el mercado? ¿No cabría, por parte del autor, una reconsideración un tanto más positiva, en ese sentido, del deductivismo de Menger y Mises y de la escuela austríaca en general?

3^a) ¿No es la caracterización de la Modernidad, por parte del autor, demasiado negativa? Parece identificarla con el Iluminismo, pero, ¿son lo mismo?

Aquí concluyen preguntas que sólo establecen un diálogo con el autor que seguramente llevará a aclaraciones sumamente positivas.

Ricardo F. Crespo ha logrado, a mi juicio, una obra madura, meditada, que dará sus frutos a mediano y largo plazo. Mientras tanto, y el autor lo sabe, los planes de estudio de nuestras carreras de economía, incluso en universidades de orientación cristiana, seguirán organizados con el paradigma dominante. La epistemología contemporánea ha estudiado suficientemente por qué los paradigmas dominantes tienen la «piel gruesa» incluso en momentos de crisis. Yo propongo algo drástico. Elimínense las carreras de economía. Cámbiense las por post-gradados en *moral sciences* posteriores a carreras de grado con sólida formación humanística. Y hay que ofrecer en esos post-gradados nuevas y sólidas bases teóricas de economía política. Ricardo F. Crespo tiene al respecto, aún, mucho que ofrecer. Y reléguese el estudio del paradigma neoclásico a historia del pensamiento económico. Porque eso ya es historia. El futuro está esperando

GABRIEL J. ZANOTTI

Universidad Austral.



UNA CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO FILOSÓFICO ARGENTINO

Hasta los primeros años del siglo XX el científicismo dominaba todavía el ambiente científico y cultural del país. Hacia 1910 se inicia la crítica y superación del positivismo e irrumpen las corrientes filosóficas europeas de las últimas décadas del siglo XIX. No pocos de los antiguos positivistas desean salir de la crisis de su filoso-

⁸ Cfr. E. HUSSERL, *The Crisis of European Sciences*, Northwestern University Press, Evanston 1970.